

ALINA NOT

Bad Ash

Saltan chispas



1

Superstar

Tyler Sparks. Tiene el nombre más perfecto del mundo. Aunque no le haga del todo justicia porque, más que *sparks*, chispas, de él se desprenden fuegos artificiales. Un cuatro de julio en toda regla que me permito mirar cada mañana desde la ventana de mi habitación cuando él sale de su casa para ir a clase. A las siete y veintiocho minutos, cuando suena el claxon justo donde termina mi vista de la calle. Aunque sé perfectamente quién lo recoge. Pero eso no es lo importante. Lo importante es verlo salir a toda prisa, normalmente con un bollito sujeto entre los dientes, y colgándose la mochila del hombro izquierdo. Y saltan chispas. Vaya que sí. Y yo suelo quedarme embobada más segundos de los que puedo permitirme, así que siempre me toca correr para coger el autobús escolar. Y todas las mañanas me acomodo en los asientos centrales, ni al final con los guais ni al principio con los pringados, y escucho la misma canción con los auriculares enganchados al móvil pensando en que casi podría estar escrita por mí para él. A veces hasta me imagino que se la canto al oído, y que lo hago como Taylor Swift, claro está. *Sparks fly*. No sabes cuánto, Taylor Swift. Y la única pega es que tengo que cambiar lo de *green eyes* por *brown eyes*, pero es una

pequeñez porque suena igual de bien, o incluso mejor, y Tyler tiene los ojos color avellana más alucinantes del universo.

Tyler Sparks. Y no solo son su nombre y sus ojos lo que me flipa absolutamente de él. Ahora lo pienso más que nunca. Justo en este momento, mientras contemplo su espalda con toda la atención que debería estar prestándole a la clase de biología. Pero es que tiene los hombros cuadrados y lleva mi camiseta favorita, y hace tres días se cortó el pelo y no puedo dejar de pasear mis ojos por esos mechones rubios que le rozan la nuca y de imaginarme cómo sería enredar mis dedos entre ellos. Así que sí, me flipa su pelo. Me flipan sus hombros de quarterback. Y, definitivamente, me flipa el borde del tatuaje que sobresale bajo la manga corta derecha de su camiseta azul marino de American Eagle, que se le pega a los bíceps. Oh, pero tampoco soy tan superficial. No se trata de eso y nada más. Hay más. Mucho más. Como su risa electrizante y el tono de su voz cuando intenta hacerse el gracioso en clase. Como el acento de la costa Este que ha ido variando hasta convertirse en una mezcla única del de ambas costas. Como los chistes malos que me hacían reír tanto cuando éramos amigos. Cuando lo conocí.

Ya llevo unos cuatro años enamorada perdidamente de Tyler. Cuatro años, y desde hace algo más de tres me dedico a mirarlo en clase y suspirar. Y él, muy de vez en cuando, me dedica una sonrisa leve cuando nuestras miradas se cruzan por casualidad. Hasta, en ocasiones, me suelta un «¿Qué tal, Ash?» cuando nos cruzamos por los pasillos o en la puerta de nuestras casas. Pero ya nunca se queda a escuchar la respuesta. Y es que ya no es exactamente el mismo que era hace cuatro años. Él ya no es el nuevo en la ciudad. No es el chico monísimo que acaba de mudarse a la casa de al lado. Aunque siga siendo monísimo. Y aunque siga viviendo al lado.

Así que ser amigos era lo más natural al principio, cuando llegó, cuando aún no conocía a nadie y resultaba que la vecina de al lado también iba al mismo instituto. Pero después conoció a más gente, claro. Y Tyler y yo somos muy diferentes. Y, bueno, él entró en el equipo de fútbol y yo no soy precisamente una animadora, así que era inevitable que nuestros caminos se alejaran. Supongo. Ahora mismo, él es uno de los tíos más populares del instituto, y yo... yo sigo siendo yo. No una animadora. Tampoco una marginada. Simplemente alguien que pasa desapercibida. Una chica normal, con un grupo de amigas normales. Con las que nadie se mete, pero que tampoco son invitadas a las grandes fiestas. Chicas que hacen cosas normales. Que no aparecen el lunes en clase con resaca del fin de semana. Tyler sí. Aparece con resaca los lunes. Y muchos viernes. Y, alguna vez, también los jueves. Somos mundos distintos. Pero ¿no dicen que los opuestos se atraen? Cada vez que oigo ese cliché me dan ganas de responder con un «amén».

—Ashley Bennet. —Me sobresalta de repente la voz del señor Woodward llamándome la atención—. ¿Te importaría abrir el libro por la página setenta y dos, y, por lo menos, hacer como si escucharas? —propone.

Siento cómo, en apenas un segundo, me arden las mejillas como si fueran a prenderse fuego en cualquier momento. Abro el libro buscando la página tan rápido como soy capaz y me encojo un poco en la silla sin decir nada. Porque la mitad de los compañeros de las filas de delante se han girado para mirarme y, aunque yo no me atrevo ni a mirar entre las pestañas, siento muchos ojos fijos en mí y seguro que un par de ellos son de color avellana. Por suerte, el señor Woodward continúa como si nada hubiera pasado, y sé que solo lo hace porque ha sido la primera vez que ha tenido que llamarme la atención en todo el curso. La próxima podría ser

mucho peor. Mierda, ¿qué estás haciendo, Ashley? Céntrate. Que ya son cuatro años enamorada del guaperas y nunca has dejado que eso afectara a tu rendimiento. No voy a cagarla ahora que me quedan poco más de tres meses de instituto. Aguanta hasta que te hayan aceptado en una buena universidad, por lo menos.

—Psss. —Justo a mi izquierda, el chico del pupitre de al lado trata de llamar mi atención.

Llevo seis meses sentándome al lado de ese tipo todos los días en clase de biología. Concretamente, desde el día en que el señor Woodward decidió que era mejor que él no se sentara junto a Tyler. Y me lo endosó a mí. Pero en seis meses es la primera vez que muestra interés por llamar mi atención. Me pregunto qué mosca le habrá picado, pero tengo miedo de que el profesor tenga que volver a echarme la bronca, así que hago como si no lo hubiera oído.

—Psss.

Otra vez. Un sonido un poco más fuerte y ligeramente más alargado en el tiempo. Le lanzo una mirada de reojo y él tiene la vista clavada en mí, con unos chispeantes ojos verdes asomando entre los mechones de pelo negro que le cubren desordenados la frente.

—¿Qué? —siseo lo más bajo que puedo, molesta.

—Tengo que hablar contigo —dice en el mismo tono.

Nuestras mesas están a tan solo unos centímetros de distancia y, si los dos nos inclináramos hacia el centro del espacio que nos separa, prácticamente podría hablarme al oído. Pero estamos en clase, y yo soy de las que se ponen nerviosas si hacen algo que se supone que no deberían estar haciendo. No deberíamos estar cotorreando mientras nuestro profesor explica, así que niego un poco con la cabeza y vuelvo a centrar toda mi atención en el señor Woodward y no sé qué sobre las células.

—Es sobre Tyler —añade el susurro que llega hasta mi oído izquierdo.

Me giro como impulsada por un resorte, aunque pronto trato de disimular mi sorpresa y cómo tan solo ese nombre ha conseguido atraer de pleno toda mi atención. Lo estoy mirando y creo que debo parecer más que ansiosa, de manera que respiro hondo y trato de mostrarme indiferente. Alzo las cejas invitándolo a decir más, pero como sin darle importancia.

El señor Woodward carraspea y me doy cuenta de que me está mirando a mí. Vuelvo a colocarme recta en mi asiento y clavo los ojos en mi libro como si fuera lo único que me interesa en el mundo.

Segundos después, un trozo de papel doblado en cuatro aterriza sobre mi mesa justo al lado del borde de mi manual de biología. Lo cubro con la mano para que el profesor no lo vea y vuelvo a mirar al chico de mi izquierda, un poco irritada ya. Hace un gesto con la cabeza hacia mi mano que cubre el papel, instándome a leerlo. La verdad es que me está provocando bastante curiosidad. Aprieto la nota en mi puño y, cuando el señor Woodward se vuelve hacia la pizarra, la desdoblo rápidamente para echarle un vistazo.

Tengo que hablar contigo. Espérame a la salida de clase.

Venga ya, Cameron. Venga ya. Debe de ser ya uno de abril, el Día de las Bromas, y yo aún me creía que estábamos

en marzo. O, a lo mejor, han adelantado el Día de las Bromas. En cualquier caso, que una estrella del equipo de fútbol del instituto y, para más señas, el mejor amigo de Tyler que lo recoge en su flamante coche cada mañana para ir juntos a clase, quiera hablar conmigo para contarme algo que tiene que ver con el amor de mi vida no puede ser más que una broma pesada. No hay más explicación. Y paso de que los chicos guais y su corrillo de animadoras se pasen el resto del curso riéndose de mí. Así que no hago caso de la nota de Cameron Parker. Paso totalmente. Para demostrármelo a mí misma, la hago una bolita y la lanzo al fondo de mi mochila abierta que descansa al lado derecho de mi mesa. Podría haberla tirado al suelo, pero el señor Woodward jamás dejaría pasar la oportunidad de humillar a alguien si encuentra una notita en su clase. Ya la recuperaré y la tiraré a la basura más tarde.

Quince minutos después suena el timbre y yo me apresuro a recoger mi libro y mis apuntes, y a coger mi mochila de cualquier manera, para salir de clase de las primeras y no tener que vérmelas con Cam. Ni siquiera miro atrás, no vaya a ser que intercepte mi mirada y vuelva a insistir. Con un poco de suerte, para el final de la mañana habrá olvidado la bromita que pensaba gastarme, o se habrá buscado una víctima más fácil. Cualquiera de las dos opciones me vale. Cualquiera que aleje las burlas de mí estará bien. Camino sola hasta mi taquilla para cambiar el libro de biología por el de francés y, justo cuando llego allí, un golpe en la taquilla de al lado me sobresalta.

—Pero ¿a ti qué te pasa, chica? Vengo corriendo detrás de ti desde clase.

Emily me está mirando con una ceja enarcada y, al darse cuenta de que no voy a decir nada, lanza un suspiro paciente y abre su propia taquilla.

Emily Davis es mi mejor amiga desde hace... bueno, desde siempre. No tengo apenas recuerdos en los que ella no formara parte importante de mi vida. Y, como buena mejor amiga, sabe perfectamente que a veces no soy muy de palabras. Sobre todo, cuando algo me preocupa o me incomoda.

Tras tan solo unos segundos de silencio, cierra su taquilla y luego la mía de un golpe seco y pone su cara frente a la mía.

—¿Qué, Ash? Venga, suéltalo —propone—. Estás alterada porque el señor Woodward te ha llamado la atención en clase, ¿no? Ni él se acuerda ya de eso... —Intenta tranquilizarme—. Y todo el mundo sabe que hay algunas clases en las que sueles quedarte un poco atontada. Ya sabes, esas en las que Tyler está delante —se burla.

—No es eso —digo en voz bajita y mirando alrededor por si alguien nos oye. ¡Como si alguien se molestara en escuchar las conversaciones de unas don nadie como nosotras alguna vez!—. Cameron Parker dice que tiene que hablar conmigo. Me ha pasado una notita y todo para que lo espere después de clase —la pongo al día.

Emily se limita a mirarme fijamente a los ojos por unos segundos, como si se hubiera quedado en *shock*. Luego sacude la cabeza vigorosamente para terminar centrando de nuevo su atención en mí.

—¿Cameron Parker? ¿Como Cameron Parker el segundo capitán del equipo de fútbol? ¿Como Cameron Parker el popular? ¿Como Cameron Parker por el que todas suspiran para que las lleve al baile? —pregunta sin apenas pararse a respirar.

Pongo los ojos en blanco ante tantas alabanzas. Por mucho que jueguen al fútbol no dejan de ser personas de carne y hueso, igual que nosotras. Tanta idolatría me saca de mis casillas. Menos cuando se trata de Tyler, claro. Pero es que él es realmente especial.

—¿A cuántos Cameron Parker conoces? —le respondo en forma de pregunta, y ella simula pensar por un segundo.

—Solo a uno. Pero comprenderás que necesitaba asegurarme —medio bromea—. ¿Y por qué no lo has esperado después de clase? ¿Estás loca? ¡Oh, Dios mío, Ash! ¿Y si quiere invitarte al baile?

Oírla decir eso tan emocionada me hace soltar una carcajada más alta de lo que hasta yo misma me esperaba. ¿Iba a invitarme al baile una estrella del equipo? ¿El héroe del deporte del instituto? ¿El que tiene todas las papeletas para convertirse en leyenda si lo fichan para el equipo de una buena universidad? Venga ya. No me ha invitado al baile ni siquiera Lewis Cooper y eso que hasta hace dos días, como quien dice, su adoración por mí rozaba el acoso. Y ahora resulta que ya tiene pareja para el baile. Hasta Lewis Cooper tiene pareja para el baile y yo no. Cameron Parker tampoco, claro, pero eso no significa que se le pueda pasar por la mente invitarme a mí. Ni en sueños.

—No seas ridícula —le pido bajando de nuevo el volumen de voz—. Ha dicho que tenía que ver con Tyler.

Era lo que faltaba añadir para que Emily llegue al colapso neuronal. Casi puedo ver humo saliendo por sus orejas mientras ella mueve los ojos a un lado y a otro, como siempre hace cuando cree que hay algo que se le escapa y quiere pensar más rápido.

—¡Sobre Tyler! —chilla con la voz tan aguda que me recuerda a un ratoncillo.

—¡Shhh! —le pido que baje el tono cuando veo que un par de cabezas se vuelven hacia nosotras.

—¿Sobre Tyler? —repito más bajito y esta vez en forma de pregunta—. ¿Y si es Tyler el que quiere invitarte al baile? —sugiere llevándose luego ambas manos a la boca para contener la emoción.

—Claro que no —le bajo los pies al suelo—. Tyler ya tiene pareja para el baile. Todo el mundo lo sabe. Por supuesto, va a ir con «ya sabes quién...» —digo entre dientes remarcando las últimas palabras—. Me parece que Cameron quiere gastarme una broma o algo así. Por eso no lo he esperado, ni pienso hablar con él. ¿Para qué querría hablar conmigo, si no, después de cuatro años sin dirigirme la palabra siquiera? —trato de razonar.

—Hablar con él habría sido una buena manera de averiguarlo —dice mi amiga en tono socarrón.

Su cara cambia en un segundo cuando dirige la mirada por encima de mi hombro. Prácticamente soy capaz de ver cómo se le va escapando el color de sus mejillas, y aprieta los labios antes de reaccionar y ponerme una mano en el brazo.

—¡Oh, mierda, mira! —exclama en un siseo—. Por ahí vienen... ¡No! ¡No mires!

Demasiado tarde: para cuando tira de mí para evitar que me gire, yo ya he vuelto la cabeza y los he visto a los dos avanzando por el pasillo hacia nosotras. Tyler le saca casi una cabeza al moreno, pero los dos tienen una complexión atlética y los hombros anchos. Y ellos también me han visto a mí. Le lanzo una mirada asesina a Emily.

—¿Si no quieres que mire por qué no lo dices antes de soltar «oh, mierda, mira»? —la regaño.

—Oh, mierda, no mires. —Trata de arreglarlo, torciendo la boca en una mueca de arrepentimiento.

Antes de que me dé tiempo a decirle nada más, como que es una amiga pésima o como que se la devolveré un día de estos, una voz a mi espalda casi hace que se me pare el corazón.

—Hola, Ashley. —Es la voz suave y vibrante de Cameron—. Hola, Emily.

—¿Qué hay, Ash? —saluda también Tyler sin mucho interés cuando yo me giro a mirarlos.

Ellos no se detienen. No parece que tengan intención de hablar con nosotras, simplemente les hemos pillado de paso hacia algún sitio. Su próxima clase, supongo. Y eso es lo que deberíamos estar haciendo también nosotras. Ir hacia clase de francés si no queremos llegar tarde. Pero me he quedado casi en blanco con el tono ronco de mi amor platónico, así que tengo que decir algo antes de quedar como una idiota.

—Hola, Tyler.

Y yo misma soy consciente de que me acabo de poner roja como un tomate y de que he sonado como una niña boba que acaba de ver a Papá Noel. Por suerte, Tyler ni me mira, así que no se entera de si parezco estúpida o no. Pero, con el rabillo del ojo, veo a Cameron mostrar una media sonrisa burlona mientras me observa. Al pasar justo a mi lado, se inclina un poco hacia mi oído disimuladamente.

—Iba en serio. Tengo algo que proponerte.

Alzo la mirada hacia él dispuesta a responder con algo mordaz y cortante. Pero no se me ocurre nada a tiempo. Él ya se está alejando junto a su amigo y en menos de un segundo solo puedo observar sus nuca cada vez más distantes de nosotras.

—¡Oh, Dios mío! —vuelve a decir Emily en voz bajita—. ¡Cameron Parker sabe mi nombre! Ay, ay, ay. Madre mía, estoy hiperventilando. Déjame eso, anda.

Me arranca un cuaderno de entre las manos para abanicarse con él y yo no puedo hacer otra cosa que sonreír ante sus payasadas. Ella siempre tan dramática.

—¿Debería recordarte que tienes novio, Em? —decido burlarme, y ella frena enseguida el balanceo del cuaderno y me lo devuelve.

—Tía, llevo saliendo tres años con un pardillo —bromea, a pesar de la evidente adoración que siente por su novio Scott—. Déjame vivir a través de tu vida con los dos tíos más

buenos del instituto, ¡préstame un poco de emoción! Mierda, no sé con cuál quedarme, con el rubio o con el moreno..., aunque tú lo tienes claro, ¿no?

Me guiña un ojo. Yo sacudo la cabeza para indicarle que paso de sus tonterías. Justo en ese momento veo a Scott acercarse y le sonrío. Es un gran chico y trata a mi amiga como una reina, así que no puedo pedir más de él. Al llegar a nuestra altura, por la espalda de Emily, la toma por la cintura y besa su mejilla. Ella se vuelve y trata de hacer una mueca de disgusto al ver que es él, pero no puede evitar que se le escape una sonrisita.

—Vaya, eres tú. Esperaba que fuera el capitán del equipo de fútbol —suspira.

—¿Cuál de ellos? —le sigue la broma su novio sin molestar.

—Cualquiera me valdría ahora mismo.

Se besan en los labios, y Scott nos advierte de que si seguimos cotilleando frente a las taquillas no llegaremos a clase de francés. Miro mi reloj. Y tiene razón. Echo a andar hacia el aula con los dos tortolitos pisándome los talones. Pongo los ojos en blanco al oír a Emily contándole a su novio todos los detalles de lo sucedido con Cameron Parker. Desde hace tres años mi mejor amiga y yo ya no podemos tener secretos. Ahora los secretos son entre ella, Scott y yo. Menos mal que el chico me cae bien y me fío plenamente de su discreción, de otra manera habría tenido que matarlo hace mucho tiempo. Escucho a Emily añadir que seguro que Cameron quiere invitarme al baile y me giro para dedicarle una mirada exasperada una vez más.

—¿Al baile? Ni de coña. —Lo rechaza Scott al instante—. Sin ánimo de ofender, Ash —se apresura a aclarar al ver la cara que se me ha quedado ante su seguridad—. Ese par de capullos no serían capaces de apreciar a alguien como tú.

Entrecierro los ojos para tratar de discernir si se está limitando a hacerme la pelota porque soy la mejor amiga de su novia, pero parece sincero. Me encojo de hombros y entro por la puerta de clase justo cuando resuena el timbre en los pasillos. Scott probablemente tenga razón y el problema sean ellos y no yo, aunque la sociedad adolescente dicte que los populares siempre son mejores que el resto. Y siento casi hasta un poquito de envidia, pero soy infinitamente feliz por mi amiga, porque puede que Scott no sea precisamente un chaval popular, pero es, sin duda, uno de los chicos más dulces del instituto. Buena caza, Emily.

Las manecillas del reloj avanzan extremadamente lentas en clase de francés. O al menos esa es la impresión que yo tengo. Lo único que me consuela es que en esta clase no coincidí con el maldito segundo capitán del equipo ofensivo de los Eagles del instituto Truman de Sacramento. Y eso, por lo menos, me deja más tranquila. Pero es que tampoco coincidí con el primero. Y eso es sencillamente una mierda, porque mirar las líneas de su camiseta, el bronceado de su nuca y el borde inferior de esa cruz que lleva tatuada es mi pasatiempo favorito. Probablemente por eso esta clase en concreto resulta insoportablemente aburrida.

Vuelvo a ver a Cameron a la hora del almuerzo, pero él está sentado a una mesa con otros cuatro chicos del equipo y no me presta atención. Mejor. Tyler no está en ningún lugar a la vista y sé por qué. Hace tiempo que las horas del almuerzo no las dedica a bromear con los chicos del equipo. Desde hace un par de meses dedica todos sus ratos libres a besuquearse con cierta chica que si te pillara mirándolo más de dos segundos seguidos te daría una paliza. Doy gracias al universo por seguir viva aún a estas alturas. Aunque imagino que solo es porque ella no me considera una amenaza. Es altamente improbable que no se haya dado cuenta de que

miro bastante a su novio. Bueno, lo sabe todo el mundo. Yo suelo pasar mis almuerzos en una mesa del patio exterior con mis tres amigas: Emily, Mia y Grace. Pero hoy está lloviendo en el exterior, así que conseguimos una discreta mesa al fondo del comedor y cuchicheamos sobre los últimos cotilleos del instituto. Al menos, Emily mantiene su boquita cerrada sobre el tema de los jugadores de fútbol. Ella sabe que hay cosas que deben quedar entre ella y yo... y Scott, claro. El hecho de que Cameron no me haya dedicado ni una mísera mirada me hace feliz, obviamente, pero también me decepciona un poco. Aunque tal vez pretendía reírse de mí, su insistencia anterior ha sido lo más emocionante que me ha pasado en semanas. O en meses. Qué triste, Ashley.

Nuestra siguiente clase es historia, y yo ya estoy sentada en mi sitio y apoyando el libro sobre la mesa cuando noto cómo Emily se tensa a mi lado. Ella aún no se ha sentado y no parece tener intención de hacerlo, así que levanto la vista para intentar descubrir qué demonios le pasa ahora. Y cuando lo hago, me encuentro directamente con unos ojos verdes, que me están mirando a mí mientras la persona a la que pertenecen habla a mi mejor amiga.

—Emily, ¿te importa cambiarme el sitio hoy, por favor?
—pide muy educado.

Yo me apresuro a lanzar una mirada de advertencia a la receptora del mensaje, pero la muy traidora ya está musitando un «claro, sin problemas», y se va con sus libros debajo del brazo hasta dos filas más atrás. Yo la sigo con la vista, con los ojos entornados. Si Cameron la ha mandado a sentarse con Tyler ya sería lo último que me podía suceder hoy. Pero Tyler no está en su sitio y cuando suena el timbre y la señorita Edwards cierra la puerta, me hago a la idea de que ya no va a aparecer. Está haciendo pellas. Otra vez. Vuelvo a sentarme mirando hacia delante y, aunque trato de no hacerlo,

no puedo evitar lanzarle una mirada de reojo a Cam. Esta vez está sentado a mi derecha y me dedica una media sonrisa divertida al ver mi expresión.

—No te molestes —siseo—. Me gusta atender a mis clases, así que ni me hables —adviento.

—Prometo no hablar —responde él en el mismo tono y levanta la mano derecha como si estuviera haciendo un juramento.

Respiro hondo bajando la vista a mi libro y oigo como suelta una risita breve. Parece que se lo está pasando bien acosándome durante esta mañana de martes. Me pregunto si los zurdos no deberían hacer los juramentos con la mano izquierda, pero la verdad es que no tengo ni idea de esa clase de protocolo. La señorita Edwards empieza su explicación y yo trato de centrarme en lo que me está contando, pero es que el puñetero Cameron Parker está sentado a mi derecha y ha prometido no hablar, pero, si no quiere hablarme, ¿para qué narices le ha cambiado el sitio a Em? Recibo respuesta a mis preguntas cuando un papelito doblado en cuatro, exactamente igual que el que me lanzó unas horas antes, termina en mi mesa. Lo cojo y lo abro, muerta de curiosidad.

¿Por qué me estás evitando? Solo quiero hablar contigo diez minutos... o menos. No muerdo. —C.

Qué gracioso que él se crea que le hace falta firmar con su inicial. Como si no supiera ya quién me acaba de pasar una

nota. Lo miro de reajo y él alza una ceja y dibuja una sonrisita canalla. Que no muerde. Ya. Suelto un bufido y arrugo la nota metiéndola en mi estuche, donde nadie pueda verla. Este instituto está lleno de cotillas. No le pienso contestar. Si le sigo el juego, no parará nunca. Así que es mejor ignorarlo y ya está. Y si se le ocurre escribir otra nota más, ni la leeré.

Pero es que se le ocurre. Vaya, si se le ocurre.

Vaya, no piensas ni contestar. Qué maleducada. No me esperaba esto de ti, Ashley Bennet. —C.

Vuelvo a ignorarlo. Hago lo mismo que con la nota anterior y la escondo en mi estuche. Pero ya se me está empezando a hacer difícil seguir el hilo de la clase y tengo muchas ganas de poder mandarlo a la mierda y decirle que pare de una vez y se meta sus notitas donde le quepan. Justo dos minutos más tarde aterrizo otra sobre mi mesa. No quiero ni leerla. La meto entre las páginas de mi libro. Que se fastidie. Si el receptor no recibe, la comunicación no se efectúa. Hasta que el emisor se aburra. Es un buen plan. Si no fuera porque me muero de curiosidad por saber qué dice el dichoso papequito. Y si no fuera porque Cam carraspea bastante fuerte y no soy la única que se gira a mirarlo. Hace un gesto con las cejas que da a entender un «lee la maldita nota», pero vuelvo la vista a mi libro como si no me hubiera dado por aludida.

—¿Te pasa algo, Cameron? —pregunta la señorita Edwards mirándolo con reproche.

Normal. Tyler y él siempre molestan de una u otra manera en su clase. Está más que acostumbrada a tener que llamarles la atención. Me imagino que más de un profesor debe de estar harto de ellos. No hay mejor ejemplo que el del señor Woodward, que decidió separarlos en sus clases. Y por eso estoy yo en todo este lío, ¿no? Porque el profesor de biología decidió separarlos y me sentó a Cameron Parker al lado. Cuánto lo maldije yo por no haber cambiado de fila a Tyler en vez de a su amigo. Pero, en fin, ahora resulta que yo soy la que le pillaba más cerca para entretenerse en una aburrida mañana cualquiera. Y el tío se dedica a pasarme notitas como si tuviéramos doce años. Qué inmaduro.

—No, señorita, nada grave. Me pica un poquito la garganta, nada más —se excusa con una sonrisa inocente.

—Vaya. Pues toma un caramelo para que no vuelva a pasar —decide la profesora, saca un caramelo de menta de su bolso y se lo lanza. Su tono de voz deja bastante claro que no se ha tragado ni una palabra.

Cameron coge el dulce al vuelo, cómo no. Atrapa balones mucho más difíciles que ese cada día. O eso es lo que se comenta por el instituto. Yo en cuatro años habré ido a cuatro partidos, así que no puede decirse que sea una experta en fútbol.

—Gracias, señorita —dice, pero en el momento en que ella se da la vuelta me tira el caramelo directamente a la cara.

Me golpea la mejilla y cae sobre mi brazo, y así, al menos, no hace ruido al llegar a la mesa. Lo miro con los ojos entornados, tratando de mostrar todo el odio que siento en este momento. Pero él se limita a señalar mi libro con el mentón. Que lea la nota de una vez. Yo niego con la cabeza y vuelvo a mirar hacia la pizarra. Empiezo a copiar lo que la profesora está escribiendo en ella y, entonces, vuelve a hacerlo. Un carraspeo como el anterior. Suspiro cuando la señorita Edwards se vuelve con cara de pocos amigos.

—Cameron —advierte muy seria.

—Perdón, perdón —se apresura a decir él levantando las manos en señal de rendición—. Es que todavía no me ha hecho efecto... —bromea refiriéndose al caramelo.

Bastante gente de la clase ríe con sus tonterías. Vaya panda de idiotas. En vez de en último curso del instituto parece que estemos en el jardín de infancia otra vez.

—Ni una más. Te lo advierto —sentencia ella.

Él asiente dócilmente. Cuando la profesora se da la vuelta nos miramos de nuevo y hace señas hacia mi libro. Parece que está empezando a cansarse del juegucito. Y eso espero yo, que se canse. Echa la cabeza un poco hacia atrás y se lleva la mano a la boca dispuesto a carraspear por tercera vez, y yo levanto mis manos en señal de rendición justo como ha hecho él antes. Será un idiota, pero no quiero que lo echen de clase por no leer una maldita nota. Y, además, quiero saber qué pone. La recupero de entre las páginas y la desdoble vigilando con el rabillo del ojo que la profesora no se dé la vuelta y me pille.

¿Puedo invitarte a un café y hablamos después de clase?

☐ Sí ☐ Tal vez ☐ Ni en tus mejores sueños, capullo.

No puedo evitar que se me escape una sonrisita y cuando lo miro de reojo veo que él está sonriendo levemente también. En este momento me doy cuenta de por qué tantas chicas babean por él por los pasillos. Tiene una sonrisa adorable. Pero eso no compensa el hecho de que sea un capullo

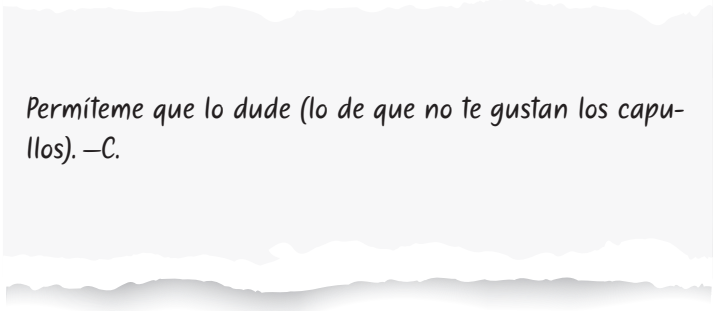
muy pesado. Así que cojo mi bolígrafo y marco con una equis la casilla de la última opción antes de devolver el papel a su mesa, a espaldas de la señorita Edwards. Veo cómo lo desdobra y frunce el ceño. Luego me mira y hace un mohín con los labios. Como si el rechazo le hubiera dolido. Menudo payaso está hecho. Enseguida arranca cuidadosamente otro cuadradito de papel, lo suficientemente despacio para que no haga ruido, y se pone a escribir en él. Mierda, si es que no tenía que haber contestado. Al terminar, tiene que esperar un rato a que la señorita Edwards deje de vigilarlo y se gire a escribir una fecha en la pizarra y, entonces, lo lanza sobre mi mesa.

*Si es porque no te gusta el café, puedes tomar otra cosa.
Prometo no ser capullo solo por esta vez. —C.*

Así que ya vuelve a firmar sus notitas. En un impulso, decido contestar y le doy la vuelta a su nota para escribir por el reverso.

Si me gusta el café y no me gustan los capullos, pero tampoco me gustan las promesas. Deja de enviarme notitas. —A.

Paso la nota a su mesa cuando creo que nadie me ve. Él ni se molesta en comprobar que no lo observan antes de desplegarla para leerla. Lo veo sonreír de medio lado. Recorta otra notita lo más rápido que puede y escribe. Esta vez me la lanza hecha un avioncito de papel.



Permíteme que lo dude (lo de que no te gustan los capullos). —C.

Arranco mi propio cuadradito de papel con cuidado de la última hoja de mi cuaderno y escribo en mayúsculas para que le quede bien clarito el mensaje. Justo cuando estoy estirando el brazo para dejarla sobre su mesa, la señorita Edwards se vuelve y Cam mueve el brazo para apartar el mío. Podría haber salido bien si yo no hubiese soltado ya el papelito que vuela desde el borde de su mesa haciendo círculos hasta acabar en el suelo entre los dos. Ambos hacemos amago de agacharnos a la vez a por él, pero antes de que podamos recogerlo el tacón de la profesora se interpone en nuestro camino. Se agacha y lo recoge. Y yo quiero que me trague la tierra. Por favor. Ya.

—«Deja de enviarme notitas» —lee la profesora en voz alta—. Con mayúsculas y exclamaciones. Vaya. Parece que estás molestando a alguien, ¿cómo no? ¿Algo que decir en tu defensa, Cameron? —ofrece.

—No hay quien entienda a las mujeres, señorita —suspira en tono melodramático y unos cuantos chicos ríen como eco a su comentario.

—Pues te diré una cosa. Cuando una chica dice «deja de enviarme notitas», normalmente quiere que dejes de enviarle notitas —alecciona como si a él no se le hubiese pasado por la cabeza—. Cámbiate de sitio —le ordena—. Henry, por favor, ¿te importa cambiarle el sitio a Cameron? —consulta con un alumno sentado en la primera fila.

Cam se levanta y recoge sus cosas antes de lanzarme una última mirada y encogerse de hombros a modo de disculpa, con una sonrisa traviesa pegada a los labios. Idiota.

También coincidimos en la siguiente clase, pero esta vez se sienta lejos de mí y simplemente se dedica a lanzarme miraditas de vez en cuando. Sigue poniéndome nerviosa, pero al menos es más fácil ignorarlo así. Y cuando suena el timbre que anuncia el final de la jornada, salgo disparada de allí, con Emily pegada a los talones, con el fin de dejarlo atrás.

Mientras me dirijo hacia la parada del autobús con Emily y Scott parlotando sin parar a mi lado, ya estoy prácticamente convencida de que me he librado del pesado por hoy. Cuando nuestros caminos están a punto de separarse, porque ellos vuelven a casa en el coche de Scott y la mía no les pill a de camino, Emily agarra mi brazo y lo aprieta con fuerza.

—¿Qué tal si ceno en tu casa y hablamos de todas las cosas superemocionantes que han pasado hoy? Tía, necesito que vuelvas a contarme la historia de tu primer beso... ¡por favor! —suplica al verme poner los ojos en blanco—. Es superromántica... Y lo sabes.

Sonrío. Porque lo sé. Claro que lo sé. De primera mano, que para algo estaba yo allí. Probando esos labios perfectos. Pero ya hace demasiado tiempo de aquella tarde.

Dejo marchar a la parejita prometiendo a mi mejor amiga que le volveré a contar la misma historia una vez más. Y ya he perdido la cuenta, pero en fin. Hay que darles a las masas lo que piden.

Mia me llama desde la puerta del autobús escolar. Ella baja en la primera parada y yo, en la penúltima, pero al menos hacemos esa parte del trayecto juntas. Me hace señas para que me dé prisa antes de desaparecer en el interior del vehículo. Y yo me dispongo a hacerle caso cuando un Honda CR-V blanco se coloca justo delante del autobús. Mierda. Ya sé de quién es ese coche. Lo veo pasar por mi calle todas las mañanas justo antes de que el sonido del claxon haga salir a Tyler de casa. La ventanilla del lado del pasajero se baja y veo a Cameron estirándose sobre el asiento para intentar asomar la cabeza.

—Ey, Ash. ¿Te acerco a casa?

Muestra una sonrisa radiante. Casi dan ganas de decir que sí. Porque si alguien me oye decirle que no a Cameron Parker, seré la rara del instituto para siempre. Aun así, mantengo mi orgullo y miro para otro lado como si el tema no fuera conmigo.

—Te estoy hablando a ti. Sí, sí, a ti —continúa Cameron en tono burlón—. ¡Ashley Bennet! ¿No quieres que te lleve? ¡Vamos, me pillas de camino! —justifica.

Ya hay un corrillo de unas seis personas que pasan de montar en el autobús, pendientes del espectáculo que se desarrolla delante de sus ojos. Y, aunque el acoso de Cam me cabrea, me puede más la vergüenza. Cuando me giro dispuesta a ir hacia el coche y ver qué quiere decirme de una maldita vez, veo que ya está abriendo la puerta del vehículo dispuesto a salir en mi busca. Corro hacia el Honda y me monto de un salto, dejando mi mochila en la alfombrilla entre mis piernas antes de cerrar de un portazo y mirarlo con cara de cabreo. Él sonríe satisfecho y cierra su puerta mucho más cuidadosamente de lo que he hecho yo con la mía.

—Vaya, no eres una chica fácil, ¿eh, Bennet? —dice, socarrón.

Suspiro pesadamente, un solo segundo y ya me ha hecho perder la paciencia. Hago amago de volver a abrir la puerta para salir, pero él se estira rápidamente riendo y me sujeta la mano para apartarla de la manilla de apertura.

—Vale. Habla de una vez —concedo.

El autobús pita tras nosotros y Cameron pita de vuelta antes de ponerse el cinturón y arrancar sin prisa. Yo también me pongo el cinturón y espero a que él decida decir algo. Durante un par de minutos conduce sin hablar, justo por las calles que debe tomar para llegar a mi casa por el camino más corto.

—Bien. Rumbo a casa de la señorita —rompe por fin el hielo, pero yo ni giro la cabeza y sigo mirando por la ventanilla—. Pero antes me apetece tomar un McFlurry, ¿te apetece a ti?

Respondo con un gruñido. No me puedo creer que esté en el coche de Cameron Parker y que esté de tan mala leche. Una no se imagina que cuando esté a solas en un vehículo con el tío más popular del instituto vaya a ser esa precisamente la emoción predominante. Pero es que es muy pesado. Menuda mañanita. Y ahora gira en una dirección que no lleva a mi casa si no al McAuto más próximo.

—¿No podrías simplemente decir lo que tengas que decir y dejarme en casa? —casi suplico.

—Lo hablaremos con unos McFlurrys de por medio. Todo es mejor así, ¿no crees?

Ni respondo. Y, cuando llegamos al establecimiento, la verdad es que a mí también me empieza a apetecer. Lo pido con una mezcla de todos los *toppings* y Cam me mira, medio asombrado medio divertido, mientras repite mi comanda al micrófono que queda de su lado del vehículo. Él lo pide con M&M's. Recogemos nuestro pedido en la siguiente ventanilla casi al instante y mi secuestrador insiste en invitar él, por

las molestias de la mañana. Todo un detalle por su parte. Me pasa los dos helados para que los sujete mientras él avanza hacia el aparcamiento del centro comercial en el que hemos entrado y busca un sitio libre. Aparca con una soltura envidiable para lo grande que es su coche, esa es la verdad. Y una vez que ha parado el motor, se suelta el cinturón y se vuelve hacia mí extendiendo las manos para que le dé su vaso.

—¿Y bien? —pregunto, impaciente, al ver que saborea la primera cucharada sin decir nada—. ¿No tenías algo que decirme?

Yo no he tocado mi helado. Casi me arrepiento de haberlo pedido, porque estoy empezando a ponerme nerviosa y, cuando los nervios me dominan, el estómago se me cierra. Así que es un desperdicio con la buena pinta que tiene. En fin, me esforzaré al máximo y tomaré una cucharada. Y, probablemente, luego otra.

—Ah, sí, eso. Perdona. El chocolate me suele distraer un poco —se justifica dejando la cuchara en el helado—. Vale. Aquí están los hechos —comienza, poniéndose serio—. Tú y yo tenemos algo en común —expone, y yo me limito a alzar las cejas poniéndolo en duda y esperando una explicación mejor—. Estoy hablando de Tyler Sparks, claro.

No digo nada, pero mi cara ha debido de reflejar todo lo que el mero sonido de ese nombre ha removido en mi interior, porque él sonríe burlonamente.

—Es tu mejor amigo, ¿no? —digo por fin tras unos segundos de silencio.

—Exacto, es mi mejor amigo. Y tu mejor amor platónico —añade, guiñándome un ojo, lo que me hace apartar la mirada un poco avergonzada—. Todo el mundo sabe que estás loquita por sus huesos. No hace falta ser muy listo. Y él también lo sabe.

Me tapo los ojos con una mano porque sé que montarme

en ese coche ha sido un gran error y que estoy haciendo el ridículo de mi vida.

—Espero que quieras llegar a alguna parte con todo esto —adviento sin destaparme la cara.

—Ashley, ¿tú quieres ir al puñetero baile de graduación con Tyler Sparks? —Pone las cartas sobre la mesa.

Retiro la mano lentamente de mi cara y lo miro con el ceño fruncido. Muy fruncido. Tan fruncido que seguramente mañana tendré más arrugas de preocupación de las que tiene mi abuela.

—No me vaciles —pido—. Tyler ya tiene pareja para el baile —le recuerdo.

Mierda, ¿y si me está grabando? ¿Y si piensa hacer un vídeo de esto y colgarlo en internet y titularlo «Me muero por ir al baile con Tyler Sparks»?

—Sí, no me lo cuentes —pide poniendo los ojos en blanco al tiempo que suelta un suspiro de desesperación—. Y ahí está el problema. ¿Sabes con quién va al baile?

—Claro que lo sé. Todo el mundo lo sabe —aclaro—. Con Blair Wells. Pero no sé qué tiene que ver todo eso con...

—No pronuncies el nombre completo de esa bruja, eso le da más poder —gruñe, apoyando la cabeza en el asiento y mirando al frente a través del parabrisas. Casi me dan ganas de reírme ante tanto dramatismo—. Mira, entre nosotros, la novia de mi amigo no me cae muy bien —confiesa bajando un poco el tono de voz—. Desde que está con ella está desaparecido, hace el imbécil mucho más de lo normal, y al final va a conseguir que lo echen a patadas del equipo. Necesito que la deje para poder recuperar a mi amigo —se sincera volviendo a lanzarme una mirada.

Estoy escuchando lo que me dice, pero sigo sin tener ni idea de adónde va todo esto. Que Blair Wells es una bruja no lo duda nadie. Y que Tyler bebe y falta a clase mucho más

desde que está con ella también lo había notado yo. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el baile y conmigo?

—¿Y qué pinto yo aquí? —pregunto.

Me empieza a picar la curiosidad y, aunque no puedo no acordarme del pobre gato al que ese mismo impulso le robó sus siete vidas, tomo otra cucharada hasta arriba de *toppings* mientras espero la respuesta impaciente.

—Tyler nunca deja a una chica si no tiene otra en la recámara.

Suelto una carcajada. Luego, me doy cuenta de que probablemente tenga los dientes llenos de chocolate y me cubro la boca con la mano. Menudo espectáculo, Ash. Definitivamente, a Cameron se le ha ido la olla. ¿Está insinuando lo que yo creo que está insinuando? ¿Qué debería ser yo la que se metiera en la recámara de Tyler?

—¿Insinúas que yo tengo que ser esa bala? —sigo con el hilo de su metáfora.

—Sí.

Vuelvo a reír, tapándome la boca de nuevo y con más ganas esta vez.

—Es una propuesta muy meditada, Ashley —asegura con su voz más seria—. He barajado muchas opciones y tú eres la que tiene más posibilidades.

—Pues entonces estamos jodidos —me burlo.

Él alza las cejas como si le sorprendiera oírme soltar un taco.

—Mira, Tyler ahora mismo está muy idiota con esa tía. Pero el capullo cambia de chica como de camiseta, solo necesita ver a una chica que le interese más —aclara, y yo me señalo a mí misma con expresión de incredulidad—. Obviamente no se fijaría en ti, tal y como eres ahora, pero... Eh, no lo digo para ofender —aclara al ver mi cara—. Quiero decir que a Tyler le van las chicas más... menos...

Hasta me da un poco de pena ver cómo se devana los sesos intentando encontrar algo que decir que no suene demasiado ofensivo. Lo cierto es que se está cubriendo de gloria.

—Déjalo, no me estás convenciendo —digo tomando otra cucharada llena.

—No. Espera —pide, se incorpora y se me acerca un poco más—. Sé que Tyler y tú tuvisteis una historia —confiesa, y a mí se me disparan las pulsaciones. ¿Lo sabe? ¿Tyler se lo ha contado?—. Tyler me lo ha contado. —Joder. Confirmado. Ya puedo morir—. Lo de cuando llegó y erais amigos y que fuiste la primera chica a la que besó. Ashley, tienes que saber que Tyler nunca habla de sus exnovias. Nunca —repite para dar más énfasis a su argumento—. En cuanto son pasado, son pasado. Pero de ti sí me ha hablado. Y dice algo así como que eras demasiado buena y él, demasiado capullo. Aunque lo de capullo lo dice bastante orgulloso. —Parece meditar un momento—. El caso es que creo que eres la pieza clave de este plan. Solo que... necesitaríamos... adecuarte un poco a su actual gusto por las chicas... —propone, inseguro.

—Explícate mejor —pido.

Escuchar que Tyler le ha hablado de nuestro beso a su amigo me ha hecho perderlo todo de vista. Casi oigo campanas de boda y todo. Madre mía. Ir con Tyler al baile sería el sueño de mi vida hecho realidad. El puto mejor sueño de mi vida.

—Como su mejor amigo, creo que sé bastante bien lo que le gusta al señor Sparks —alardea, con una media sonrisa—. Y no le gustan las niñas buenas. Pero hay algo en ti que aún recuerda y eso nos da una buena base para esta misión. Solo tendrías que cambiar algunas cosas para ser un poco más... mala. Eso es. Una chica mala. Eso es lo que le va al capullo de Tyler. Estoy seguro de que con mi ayuda podrías conseguir

que se fijara en ti. Y, claro que le gusta la bruja esa, pero también quiere ser rey del puñetero baile, aunque se haga el duro, y sabe que ella nunca será reina, no da el tipo. Solo tenemos que darle una alternativa mejor.

Que se fije en mí. Que. Se. Fije. En. Mí. Ya casi no he oído más. Si es que me resuena el concepto en todos los recovecos del cerebro y mis células sanguíneas ya lo están transportando a la velocidad de la luz a cada órgano vital de mi cuerpo. Tiene que ser una broma. Y no tiene ninguna gracia.

—Me estás vacilando —suelto al fin.

—¡No! —se apresura a dejar claro él—. Te estoy hablando muy en serio, Ashley. Te necesito para esto. Necesito que seas su reina.

—Yo nunca seré reina del baile —afirmo con todo mi convencimiento.

—Sí, si vas de su brazo —insiste él.

—A ver si lo he entendido bien. Tú vas a ayudarme a ser el «tipo» de Tyler y vas a hacer todo lo que esté en tu mano para conseguir que pase de Blair y me lleve a mí al baile en vez de a ella. ¿Es así? —trato de recapitular.

Él asiente y toma una gran cucharada de helado esperando que yo diga algo más.

—¿Y tú qué ganas? —tanteo.

—Mira, si esto sale bien tú tendrás tu puñetero baile de instituto soñado y yo me libraré de la bruja y recuperaré a mi amigo. Los dos salimos ganando, ¿no crees?

Suena muy bien, aunque no deja de chirriarme cómo no para de anteponer la palabra «puñetero» a cada mención del baile. Yo creía que a todo el mundo le emocionaba el baile del instituto.

—¿Por qué yo? —me atrevo a preguntar buscando sus ojos.

Él me clava ese color verde tras apartarse un par de mechones de pelo negro de la cara.

—Ya te lo he dicho, creo que Tyler tiene algún rollo raro contigo —dice, como sin interés—. Y, además, de todas las candidatas disponibles me ha parecido que tú eras la que está más desesperadamente colgada de él y eso nos asegura que estés dispuesta a lo que haga falta... ¿Lo estás?

A lo que haga falta. ¿Cómo voy a atreverme a decir que no a eso? Cuatro años. Cuatro largos años. Si hay una pequeña posibilidad, debería ir a por todas. Es ahora o nunca. Y, además, todo el mundo dice que al final solo te arrepientes de aquello que no has hecho.

—Espero que todo esto no sea una broma pesada, Cameron —advierto muy seria.

Él se lleva la mano al pecho como si mis dudas lo hirieran además de ofenderlo. Me dedica una media sonrisa bastante irresistible antes de volver a hablar.

—¿Qué me dices? ¿Subes al carro? Venga. Vamos a convertirte en una chica mala, Ashley Bennet.

—Vale —digo sin ni siquiera pensarlo.

—¿Qué?

Cam parece sorprendido de que convencerme haya sido tan fácil.

—Acepto.